

Duke of desarraigo¹

Javier Marías



En persona llegamos a vernos tan sólo una vez, hace muchísimos años, tal vez en 1989, poco después de la publicación en Francia de mi novela *Todas las almas* (*Le Roman d'Oxford*, se tituló allí), la primera en la que hablé del desdichado Rey de Redonda, John Gawsworth, y de su reinado mendicante, borracho y venal. Fue en los salones del Hotel Lutétia, de París, donde nos reunió la periodista Pascale Casanova, a quien sin duda yo debía la recomendación de mi libro ante él. Me sorprendió y agradecí que Pierre Bourdieu, que ya entonces llevaba a cabo diez mil actividades a la vez que escribía sus variadísimas obras a un ritmo que ni sus más devotos lectores debían poder seguir, tuviera curiosidad y tiempo para molestarse en leer novelas de un autor extranjero que aún no había cumplido los cuarenta años. A lo largo de nuestra posterior amistad epistolar nunca dejó de sorprenderme, ni dejé yo de agradecer, su inquebrantable pasión por lo estrictamente literario, cuando él, que tantas teclas diferentes tocó, se abstuvo —que yo sepa al menos— de caer en la tentación de cultivar la novela o la poesía.

Más adelante tuve ocasión de ver que nunca era solemne y que le sobraba el humor. Tuvo la amabilidad de invitarme a dar unos seminarios, a lo largo de unos meses, en el Collège de France; y el absurdo y frívolo motivo —así lo

¹ Artículo tomado de *Archipiélago*, número 51 junio-julio 2002.

habrían visto la mayoría de los profesores universitarios del mundo— por el que al final no acepté fue mi insalvable alergia a rellenar formularios, cosa que debía hacer en aquella ocasión (pero eran larguísima, exhaustivos) para tramitar él debidamente la invitación. Lejos de enfadarse, o de tomarme a partir de entonces por un idiota o un loco del que no se podía uno fiar para nada medianamente serio, rió de buena gana al respecto, no me guardó el menor rencor, y pasó a proponerme que escribiera breves notas sobre las novedades editoriales en lengua española para la revista *Liber*, que se publicaba simultáneamente en varios idiomas. Así lo hice durante algún tiempo, aunque con seudónimo —no suelo practicar nada que se asemeje a la crítica literaria, y no quería que aquello se convirtiera en un “precedente”. Y fue también Pierre Bourdieu quien me propuso como miembro del Consejo del Parlamento Internacional de Escritores, del cual, sin embargo, él se apartó no mucho después.

Durante todos esos años nos enviábamos nuestros respectivos libros dedicados y nos carteábamos de vez en cuando, siempre para mi provecho, mi aprendizaje y mi gran placer. Y cuando, en 1997, cayó rocambolescamente sobre mí el título de “Rey de Redonda” y decidí proseguir la leyenda y la broma creando una nueva “nobleza intelectual” como mis predecesores ingleses John Gawsworth y M. P. Shiel, una de las primeras personas a las que invité a formar parte de ella fue Pierre Bourdieu, pues no sólo lo admiraba por muchos conceptos, sino que había habido trato personal entre nosotros, condiciones *sine qua non* las dos para pasar a ser redondino *Duke*. En esta ocasión brilló de nuevo su humor —no me dirigí a él al respecto sin el acostumbrado temor de ser tomado, de nuevo, por loco o completo idiota—: viejo lector de *Todas las almas*, no sólo entendió el carácter de juego entre realidad y ficción, sino que se mostró entusiasta sobre el proyecto. A la hora de elegir su título, yo le propuse varios, entre ellos el de *Duke of Desarraigo*, en referencia a un muy antiguo libro suyo, *Le Déracinement* (1964), escrito en colaboración además. Y fue este nombre el que él prefirió, al igual que yo. Y en verdad algo había en él de desarraigado, pese a estar tan presente en el pensamiento y en la vida pública de su país (y de otros) a lo largo de muchas décadas. Algo de desarraigo profundo se necesitaba, creo yo, para no comprometerse para siempre con nada y comprometerse continuamente con tantísimas causas; para mantener un espíritu de libertad y estar dispuesto a enemistarse con quienes considerase a cada momento que le tocaba criticar o denunciar. En él hubo siempre un elemento fuerte de ligereza en su

seriedad, de gentileza en su ataque, que obligaba a sus adversarios a tenerlo en cuenta. Era todo lo contrario del “provocador profesional”, el cual no necesita armarse de razón ni de muchos motivos reales ni justos para provocar. En Pierre Bourdieu no veía uno nunca gratuidad, superfluidad, ni siquiera cuando podía estarse en desacuerdo con él. Quizá sea que sólo los desarraigados están en condiciones verdaderas de ser solidarios e independientes a la vez.

No creo que se molestase porque yo hiciera públicos aquí, ahora, los tres candidatos que tuvo a bien proponer para el Primer Premio Reino de Redonda, del pasado año. Acogió con su entusiasmo de siempre la iniciativa de distinguir a un literato o cineasta extranjero (extranjero en España, claro está), y, eso sí, optó por tres jóvenes (“a los jóvenes hay que ayudarlos”, decía con su habitual generosidad), aunque no hubiera apenas posibilidad de coincidencia con los nombres que propusieron los demás jurados. Fueron el cineasta Arnaud Desplechins, la dramaturga Andrea Fraser y la ahora ensayista Pascale Casanova, que nos había presentado años atrás. Tal vez a los interesados les agrade saberlo.

Se pierde una de las cabezas más brillantes, inquietas y razonadoras de Europa. No es consuelo, pero hay que pensar que algún día él habría querido desarraigarse del todo, de este mundo que le dio tanto que hacer.